



PLAN PASTORAL SOBRE LOS JÓVENES

Diócesis Asidonia - Jerez



XXVI Jornada Mundial de la Juventud

Madrid 2011

PLAN PASTORAL SOBRE LOS JÓVENES

1ª REUNIÓN:

LOS JÓVENES DE HOY

Como ha recordado el Santo Padre a los Obispos en su reciente visita a Gran Bretaña, uno de los retos más urgentes que tiene la Iglesia ante sí es el de llevar el Evangelio en un ambiente muy secularizado. Este reto se incrementa si cabe al hablar a los jóvenes. Más allá de análisis sociológicos especializados o de otro tipo, es evidente que a lo largo de las últimas décadas se ha ido produciendo un fenómeno de alejamiento progresivo de los jóvenes respecto de la Iglesia y de todo lo que ésta propone y representa. No se trata de una excepción, sino de una manifestación más del proceso de secularización muy presente sobre todo en las sociedades occidentales pero que se ha ido extendiendo en mayor o menor medida a todas las demás culturas debido al creciente movimiento de globalización.

El resultado es que, aunque la mayoría de nuestros jóvenes sigan siendo hoy formalmente cristianos por el Bautismo, de hecho la adhesión a la fe es actualmente muy pequeña cuantitativamente y, en muchos casos, muy problemática. No hemos de caer en el error de añorar otros tiempos, de épocas de cristiandad y menos aún en el de tratar de reproducir esquemas de aquellos momentos. Cada época, con sus luces y sus sombras, exige para la Iglesia una respuesta concreta y eficaz de cara a su acción evangelizadora. De hecho, si hay algo que caracteriza a la Iglesia en su misión en el mundo, ha sido su capacidad para integrarse en cada cultura, asumiendo los valores de ésta compatibles con la fe y a su vez empapando, desde los valores del Evangelio, la sociedad en la que le ha tocado vivir en cada momento histórico.

Fue precisamente esta idea, junto a su cariño a los jóvenes la que movió en su día a Juan Pablo II, en una de sus grandes intuiciones, a crear las jornadas mundiales de la juventud que en el año próximo celebraremos en Madrid. Más que un fenómeno de masas o de mayor o menor alcance mediático, hemos de ver estos días como lo que en realidad son, un acontecimiento eclesial y un momento de gracia, ocasión propicia. En la cercanía del Santo Padre y de lo que él representa, estamos llamados a revivir todos y en particular los jóvenes, la conciencia bautismal, el gozo de ser miembro de la Iglesia y de compartir en ella una misma fe y esperanza en Cristo y un mismo amor fundado en Él.

Por eso es importante conocer bien quienes y como son nuestros jóvenes, para apreciar sus valores y ser conscientes de sus limitaciones, teniendo en cuenta que la juventud es quizás el espejo en el que se refleja con más claridad la sociedad en su conjunto y donde más rápida y claramente se manifiestan los cambios que, cada vez a más velocidad, se dan en ella.

De nuevo ante los colosenses

En la reciente carta a los jóvenes con motivo justamente de las próxima Jornada Mundial de la Juventud, el Santo Padre ha establecido una analogía de la cultura dominante en la que nos hallamos inmersos con la que se encontró San Pablo en la ciudad griega de Colosas. El Papa recuerda que aquella comunidad estaba amenazada por la influencia de ciertas tendencias culturales de la época, que apartaban a los fieles del Evangelio. Pues bien, también hoy se da una tendencia a apartar a los fieles y a las sociedades del Evangelio y del mismo Dios. Es difícil describir con pocas palabras una realidad tan compleja como es una sociedad o grupo humano, pues se corre el serio peligro de generalizar, simplificar o distorsionar el conjunto. Sin embargo sí podemos señalar dos fenómenos que día a día van

marcando cada vez más profundamente a nuestra sociedad: la secularización y la dictadura del relativismo.

La secularización

El fenómeno de la secularización, entendido como el olvido o la marginación de la idea de Dios y su pérdida de referencia en el modo de pensar y de actuar, se ha ido agudizando con el tiempo. No es de extrañar que sea entre los más jóvenes, los que constituyen la generación más dependiente y sensible a la época en la que vive, entre quienes tenga una mayor incidencia. No es tampoco casual que, quienes quieren adquirir un mayor poder o influencia en el futuro por razones de ideología política, de intereses económico o de hegemonía cultural, pongan sus ojos y su mayor esfuerzo justamente en aquellos que serán los protagonistas de la sociedad de los años venideros, esto es, los jóvenes.

Cada día vemos que se va imponiendo una cosmovisión que tiende a negar la existencia de Dios en su empeño por explicar la existencia del mundo y del hombre exclusivamente desde las ciencias positivas, *"traspasando indebidamente los límites de las ciencias positivas, pretenden explicarlo todo por la sola razón científica"*. La ciencia se pregunta por "lo que hay" en el mundo y en el hombre como parte integrante y reflejo del todo de la realidad empírica. Ahora bien, si aplicamos este método a la totalidad de lo real, resulta que implícitamente se está reduciendo todo lo que existe a una serie de elementos físico-químicos y a su relación entre ellos. Desde esta perspectiva, no habría lugar para Dios, ni como realidad en sí misma ni como hipótesis explicativa de los hechos de la naturaleza. Más allá de ella no existiría nada, siendo el mismo ser humano una pieza más carente de todo sentido trascendente.

Esta exclusión de Dios, como afirma la encíclica *Caritas in Veritate* conduce finalmente a una visión sesgada del hombre y de la sociedad y por lo tanto a una concepción "*restringida de la persona y su destino*"¹. Eliminado Dios, el ser humano no es ya nada previamente dado, sino lo que cada uno decida ser libremente. Sin naturaleza ni esencia previas, éstas se van labrando al filo de los actos libres y, por consiguiente, son posteriores al hecho de existir, son una consecuencia. Por eso el hombre es, todo él, elección radical y necesaria. Y si el hombre es libertad radical, debe entenderse como proyecto de sí mismo, hijo de sí mismo en el sentido de que construye su ser siguiendo el camino libremente elegido por él. Pero, eso sí, es una elección que no se hace en el vacío, sino desde una comprensión que, ausente de trascendencia, sólo reconoce lo material y, por lo mismo, se cimienta no en el ser, sino en el tener. Esta es la gran seducción de nuestra cultura, la misma que fascinación paradisiaca que fascinó a los primeros padres (cf. Gen 3,5), la de hacer creer que cada uno de nosotros somos dioses que podemos crear la realidad, el mundo y la naturaleza a nuestro antojo.

En definitiva, en la cultura de Occidente no sólo se niega a Dios, sino que además se hace todo lo posible por separar a Dios de su creación. Hasta el punto que muchos han creído que para ensalzar la creación, la libertad, la vida, había que prescindir de Dios. Dios es presentado como un adversario de la plenitud y de la realización humana, de la razón y de la libertad. Pero este olvido o exclusión de Dios no ha sido inocua, sino que ha producido un hombre sin ideales, sin valores por los que merezca la pena luchar, ni puntos sólidos de referencia. Dicho hombre termina no sabiendo a donde va, envilecido, cosificado y preocupado sólo por las cosas materiales y por el tener inmediato, reducido a un mero "animal de consumo" para el que lo

¹ BENEDICTO XVI, *Caritas in Veritate*, 29.

único que importa es “pasarle bien”, perdiendo así el verdadero sentido de la existencia y la vida.

La dictadura del relativismo

Ya nos hemos referido al fenómeno de la secularización cuya influencia en nuestro mundo es indiscutible. Junto a éste, el Papa llama la atención sobre la irrupción en nuestra sociedad de una verdadera “dictadura del relativismo” la cual es hija a la vez del secularismo en tanto que afirma la imposibilidad de la existencia de verdades absolutas y de la globalización por cuanto pretende extenderse a través de los poderosos medios de información y de comunicación a todos los estratos de nuestra sociedad. Al igual que sucede con el fenómeno de la secularización, la incidencia de este relativismo generalizado tiene mayor incidencia en las generaciones más jóvenes, que han nacido y crecido en este humus cultural.

¿En que consiste esta “dictadura del relativismo”? En el fondo se trata de un fenómeno paradójico, más aún, contradictorio que tiende a presentar la verdad como la mayor enemiga de la libertad. Es esta relación libertad – verdad la que viene siendo hoy negada por el relativismo y así, se tiende a pensar que no es posible ni conocer una verdad objetiva, ni reconocer valores absolutos, ni establecer principios éticos que sean universales. Negada toda verdad absoluta o la posibilidad de conocerla, sólo existe la verdad de cada uno, de modo que, desde esta visión a la vez subjetiva y escéptica todo debe reducirse al mero convencionalismo.

Así, los valores, las normas y el ser de la sociedad no pertenecen a la naturaleza de las cosas, sino que son sólo producto de un acuerdo humano, una pura convención formal. Se cae así en la paradoja de, huyendo en teoría de todo dogmatismo, acabar aseverando como dogma intangible lo inadmisiblemente de una verdad absoluta y lo inaceptable de pensar que pueda

existir. La verdad, como el bien, carente de toda consistencia propia se convierte en fruto del consenso social, la conveniencia histórica o la opinión subjetiva de cada individuo o grupo.

Desde este punto de vista ya no es la libertad la que se asienta sobre la verdad para ser verdadera libertad, sino que es la verdad la que debería apoyarse sobre la libertad para ser verdad libre, quedando así sometida al parecer arbitrario. Esta abolición de cualquier idea, convicción o creencia objetiva y absoluta, se convierte en realidad en una verdadera dictadura para la cual verdades y normas de orden natural apoyados en sólidos fundamentos filosóficos o antropológicos son sustituidos por otros, en este caso derivados del devenir histórico o de intereses pasajeros y subjetivos. Desde esta comprensión antropológica, el pensar que algo se ha recibido o transmitido como don o más aún revelado de modo sobrenatural, se considera una ofensa contra la racionalidad o la autonomía humanas. Desde este punto de vista, una visión trascendente del hombre, de la realidad o de la historia, como la que ofrece la cosmovisión judeocristiana es que considerarla como un obstáculo incompatible con el progreso. Éste, visto éste como un movimiento irrenunciable e inevitable, avanza adecuadamente en tanto que afirme lo humano a costa de eliminar lo divino y de negar la supremacía de Dios sobre todo lo que existe.

Categorías como tolerancia, multiculturalismo entre otras encuentran aquí su fuente primigenia. Si nada es absoluta ni objetivamente bueno, cualquier opción ha de ser admitida, si ninguna cosa es más verdadera que otra, toda manifestación cultural ha de considerarse al mismo nivel que las demás. No obstante, este razonamiento nunca llega a consumarse realmente porque el ser humano, que precisa de verdades y normas para su vida personal y social, termina sustituyendo aquellas que descubriría naturalmente

en su conciencia –intelectual y moral– por otras cuyo fundamento real es mucho más dudoso.

El relativismo supone un individualismo radical, un absolutismo del yo, una comprensión de la libertad como realidad aislada de toda referencia, que no es deudora de nada ni de nadie. Se niega así toda esencia previa a mi existencia en la cual el otro y Dios son vistos como una peligrosa amenaza a mi sagrada libertad. Desligado de toda referencia objetiva, el ser humano, seducido por el subjetivismo, se convierte en mera veleta de los vientos que imponen sus propios deseos amparados en presuntas mayorías sociales y fomentados por los medios de producción o información. Todo aquello que no está al servicio de esta dictadura relativista o se opone a ella ha que ser combatido como lastre a superar.

Esto lo vemos en toda esa reconstrucción social que vivimos de forma intensa en nuestro país donde se impone por ley y se obliga a todos a aceptar la ideología de género, se fomenta el individualismo, se limitan los derechos de las personas a la libertad de educar a sus hijos, devaluando con todo ello, el papel de la familia y destruyendo el matrimonio. Al mismo tiempo se impone por ley el derecho al aborto que es un insulto a la razón y a la inteligencia como bien demuestra el avance científico, así como un atentado a la justicia y al respeto a la dignidad de todos los seres humanos, ya que, a la postre, a los débiles o discapacitados les viene reconocidos menos derechos que a los demás.

“Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (Col 2,7)

Frente al relativismo lo propio de la comprensión creyente, antes aún de cualquier determinación religiosa concreta es que el ser humano sólo puede encontrar su sentido, su razón de ser, su origen, consistencia y destino más allá de sí mismo. Por fuerte que haya sido a veces el influjo

secularizante de su entorno, jamás el hombre ha quedado totalmente indiferente ante el problema religioso. La pregunta sobre el sentido y el origen de la vida, sobre el enigma del mal y de la muerte, sobre el más allá, son interrogantes que jamás ha podido evitar. Dios está en el origen mismo de la pregunta existencial del hombre.

Es lo que admirablemente expresó san Agustín: “*Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón anda inquieto hasta que descansa en ti*”. Por eso el abandono del Dios verdadero nunca deja al ser humano suspendido en una especie de “espléndido aislamiento”, sino que lo sitúa bajo el dominio de otros dioses, llamados ídolos en el Antiguo Testamento que en lugar de elevarlo, de darle vida, dado que esto sólo Dios puede hacerlo, lo degrada y mutila. Esta experiencia de exacerbación de la libertad del hombre frente a la verdad de Dios, deja en el primero una trágica sensación de vacío.

¿No tendrá dicho vacío existencial que ver con la proliferación de las drogas, del suicidio juvenil, de las sectas o, menos dramáticamente, con la abdicación de muchos jóvenes a los grandes ideales propio de la juventud de todos los tiempos? Este *eclipse de Dios* acaba ocasionando un auténtico eclipse del hombre y esto porque ambos Dios y el hombre no pueden ser entendidos uno sin el otro. Afirmación que, desde la fe cristiana, adquiere todo su sentido dado que la máxima revelación del Ser divino nos ha sido dada bajo la forma de un ser humano y el misterio del hombre, imagen de Dios no se desvela, sino en el misterio del Verbo encarnado (cf. GS 22).

La revelación es el hecho de que Dios se da, su autocomunicación a los hombres al punto que el hombre encuentra su verdadera realidad, su hondura humana y su futuro en el campo de su propia apertura a la donación de Dios. La palabra revelada de Dios y la realización plena del hombre constituyen una misma historia, que desde Dios llamamos historia de su *revelación* y desde el hombre historia de su verdadero hacerse

humano o *salvación*. De aquí se derivan dos conclusiones. La primera es que el hombre alcanza su verdadera realidad, se *humaniza* a la luz de la revelación de Dios y en la medida en que Dios se le manifiesta. Por su parte, el misterio de Dios se expresa, se desvela plenamente al abrirse históricamente hacia los hombres. En otras palabras, el hombre es hombre definitivo cuando acepta la Palabra revelada por Dios y Dios sólo llega a conocerse en la hondura de su misterio al hacerse visible en la historia como hombre en el Hijo encarnado y perceptible como Espíritu de Cristo.

Sólo desde la irrupción en la historia de la figura de Cristo, sólo mirándolo a Él, apoyados en Él podemos conocer quien es Dios y quien es el hombre, en que consiste la libertad verdadera y cual es la verdad absoluta. Siguiendo a Cristo es cómo el cristiano descubre hasta lo más profundo de su propia humanidad. Cristo es la verdad del hombre y contemplándose en Él, el ser humano se conoce a sí mismo según la verdad integral del origen, aquella que permanece a través de todos los cambios históricos. La verdad que la razón humana puede descubrir acerca del hombre es parte de la verdad completa que resplandece en el rostro de Cristo. Esta verdad racionalmente accesible es restituida y verificada a la luz de la fe y así la fe salva la razón y le permite su ejercicio adecuado.

Esto significa que el orden de la creación, de la ley natural, común desde el principio a todos los hombres, universal y accesible a la razón humana, el cristiano la reencuentra, purificada de toda oscuridad, a la luz de la ley nueva del Evangelio. El ser cristiano aparece ante todo como un ser insertado en el movimiento de la entrega total de Cristo, el Maestro bueno que nos ha amado hasta el extremo. La vida cristiana se funda por consiguiente en un acontecimiento, el cual reúne en torno a sí a un pueblo que recorre la historia y, al mismo tiempo, representa la prenda de la vida eterna. Este planteamiento, lejos de hacer sentir la ley de Dios como un

peso, como una negación o una restricción de la propia libertad, llena el corazón de amor e invita a caminar según el Espíritu y a desear servir a los demás en la ley de Dios, que es el camino fundamental y necesario para practicar el amor libremente elegido y vivido.

Desde ahí adquiere todo el sentido el lema elegido para esta XXVI Jornada Mundial de la Juventud: *“Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”* (cf. Col 2,7). La oferta cristiana, como nos recordaba el mismo Benedicto XVI en su primera encíclica, no consiste principal ni primariamente en un conjunto de verdades abstractas a creer o un código de preceptos legales a cumplir: *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”*². No somos, pues, ni gnósticos ni fariseos. Lo primero y fundante en la fe cristiana es una experiencia de encuentro personal y concreto con Cristo capaz de transformar toda la vida de la persona. Sólo desde se descubrirá aquello que es verdadero para creerlo y aquello que es bueno para cumplirlo.

Frente al integrismo que impone una verdad que se ha de creer aún cuando repugne a la razón humana o colisione con el derecho natural o al relativismo que abdica de toda verdad y desconfía de todo aquello que pueda trascender la inmediatez de cada elección humana, la propuesta cristiana ofrece como verdad absoluta el amor. Nos lo recuerda Benedicto XVI en su última encíclica con un silogismo tan sencillo como coherente: si Dios es la Verdad y Dios es Amor, la Verdad absoluta ha de coincidir con el Amor³. Por eso quien ama de veras jamás yerra en sus acciones o elecciones: *“Ama y haz lo que quieras”* en palabras del san Agustín.

² BENEDICTO XVI, enc. *Deus Caritas est*, (2005), n.1.

³ BENEDICTO XVI, enc. *Caritas in Veritate* (2009), n.1.

Todo ello explica el porqué los cantos de sirena del así llamado pensamiento dominante y de la cultura actual no son capaces de satisfacer el ansia de plenitud, de verdad, de felicidad, de amor sincero, de una vida y un ideal grandes que residen en el corazón de cada ser humano y en particular de los jóvenes. Esta vida verdadera, este gozo inefable y gratuito, esta esperanza cierta, este amor y esta paz plenos no los puede dar este mundo por muchos que sean los avances de la técnica, los conocimientos científicos o la propagación de ideologías o consignas. Sólo el que es la Vida puede dar vida, sólo quien es la Verdad puede revelar la verdad, sólo quien es Amor puede comunicar el amor verdadero. Sólo Jesucristo y solamente aquel que se halla sólidamente arraigado en Él puede participar de todos estos dones, de aquello que la Escritura llama vida eterna. “*Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo*” (1 Jn 5,11).

Diálogo

Parroquias, colegios, asociaciones, movimientos, comunidades

1. Comparando la vivencia de fe de los jóvenes de hoy con la de hace veinte o treinta años ¿En que ves que las circunstancias han mejorado? ¿En que ves que han empeorado?
2. ¿Por qué crees que la fe no crece en ambientes donde reinan el relativismo y el secularismo?
3. ¿Qué puede ofrecer la Iglesia a los jóvenes de hoy?
4. ¿Qué puedo proponer desde mi parroquia (colegio, asociación, movimiento) a los jóvenes de hoy?

2ª REUNIÓN: LA TRANSMISIÓN DE LA FE A LOS JÓVENES

“Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no camina en tinieblas” (Jn 8, 12)

Como veíamos anteriormente la raíz de la cultura de la muerte es la aceptación de la mentira sobre el hombre y la negación del sentido último y trascendente de su ser. Dicha mentira se manifiesta en la propuesta de modelos de vida regidos por el dogma de lo “políticamente correcto” y bajo la máscara de la tolerancia, alimentando un peligroso proceso de homologación de todo en la nada. De hecho en la actual sociedad pluralista toda expresión explícita de la propia identidad cristiana viene etiquetada como fundamentalismo o integrismo. Se quiere eliminar a Dios y crear cristianos "invisibles" que no incomoden el sistema. La fe se intenta convertir en un hecho rigurosamente confinado a la esfera de la vida privada, de un fenómeno psicológico individual.

Ante esta situación, hoy más que nunca se necesitan cristianos coherentes, con una clara conciencia de cual es su vocación y cual su misión. ¡Cuánto necesitamos, en la Iglesia y en la sociedad, testigos de la belleza de la santidad, testigos del esplendor de la verdad, testigos de la alegría y libertad que nace de una relación viva con Cristo! Cristianos que, frente a la cultura de la muerte, estén dispuestos a restablecer la verdad sobre el sentido de ser hombre, de la verdad sobre él. Para ello, nada mejor que el testimonio de creyentes que no se avergüencen de dirigir cada día sus pensamientos y sus corazones a Jesucristo, hacia el misterio de la Redención, donde el problema del hombre está inscrito con una fuerza especial de verdad y de amor. Cristianos que hallen su fuerza cumpliendo aquella profecía de la Escritura sobre Jesús: *“Mirarán al que atravesaron”* (Zac 12,10; Jn 19,37).

Es éste el motivo que llevó a gritar con fuerza a Juan Pablo II en el inicio de su pontificado y que repitió en su primera encíclica:

¡No tengáis miedo! ¡Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su poder salvador los confines de los Estados, los sistemas tanto económicos como políticos, los dilatados campos de la cultura, de la civilización, del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. ¡Solo Él lo sabe! Tantas veces hoy el hombre no sabe qué lleva dentro, en lo profundo de su alma, de su corazón. Tan a menudo se muestra incierto ante el sentido de su vida sobre esta tierra. Está invadido por la duda que se convierte en desesperación. Permitid, por tanto —os ruego, os imploro con humildad y con confianza— permitid a Cristo que hable al hombre. Solo Él tiene palabras de vida, ¡sí! de vida eterna⁴.

Cristo Redentor es quien revela plenamente el hombre al mismo hombre. Por tanto, es necesario redescubrir el cristianismo como un acontecimiento real que ocurre hoy en nuestra vida, como ocurrió en la vida de los primeros discípulos. El experiencia cristiana es ante todo un encuentro interpersonal, de cada persona humana con la persona viva de Cristo. Sólo este encuentro cambia realmente la existencia de las personas y da el sentido último y definitivo a nuestro destino. Ahora bien, este encuentro que, por ser personal es también individual, no tiene lugar aisladamente, sino que se lleva a cabo en la comunidad de salvación que es la Iglesia. En particular y de modo ordinario a través de las realidades que sirven de instrumento para que un bautizado conozca y participe de la vida de Cristo, de la vida de la Iglesia: la familia, la escuela y la parroquia.

La *familia*, Iglesia doméstica, es lugar primero y primordial para la transmisión de la fe no sólo durante la etapa de la adolescencia, sino también de la adolescencia y la juventud. “*Jesús bajo con ellos y vino a Nazaret y vivía sujeto a ellos*” (Lc 2,51). La crisis del matrimonio y la familia y la suplantación de ambos por el Estado en la tarea de la educación de los hijos constituyen una grave dificultad para que la institución más importante en el orden natural pueda cumplir su función no sólo en la transmisión de la vida sino en la transmisión de la fe. En este sentido

⁴ JUAN PABLO II, Homilía al inicio del ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia (22 Octubre 1978): *AAS* 70 (1978) 947

siempre podrá ser útil la existencia de grupos de orientación familiar y escuelas de padres que faciliten a la familia su propio desarrollo y la puesta en práctica de su insustituible misión personalizadora, socializadora y evangelizadora en la Iglesia y en la sociedad.

El *colegio* desde tiempos muy antiguos ha constituido un auxilio principal para la familia y la sociedad en la transmisión de conocimientos intelectuales, valores morales y principios religiosos. El mundo de la enseñanza, por la crisis de valores y del principio de autoridad, constituye también una institución en crisis en la sociedad actual. Benedicto XVI en la Asamblea General de los obispos de Italia ha calificado la situación actual de *emergencia educativa*, afirmando:

Me parece necesario ir a las raíces profundas de esta emergencia para encontrar también las respuestas adecuadas a este desafío. Una raíz esencial es un falso concepto de autonomía del hombre: debería desarrollarse sólo por sí mismo, sin imposiciones de otros, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero no entrar en este desarrollo. En realidad, para la persona humana es esencial el hecho de que llega a ser ella misma sólo a partir del otro, el *yo* llega a ser él mismo sólo a partir del *tú* y del *vosotros*; está creado para el diálogo. Sólo el encuentro con el *tú* y con el *nosotros* abre el *yo* a sí mismo. Por eso, la denominada educación anti-autoritaria no es educación, sino renuncia a la educación.

Por lo que respecta a la vida de la Iglesia y a su tarea evangelizadora, el mundo de la educación constituye un lugar privilegiado, tanto por la presencia de profesores de religión en la enseñanza pública, como sobre todo en la gran cantidad de colegios religiosos ligados a diferentes órdenes consagradas a la educación religiosa a los niños –*enseñanza primaria*–, adolescentes –*enseñanza secundaria*– y jóvenes –*estudios universitarios*–.

La labor de la enseñanza religiosa es evangelizar la sociedad desde dentro y por esa razón la formación no sólo académica, sino también espiritual de los profesores –a través de cursillos, convivencias, retiros– debe ser una tarea constante y sistemática en la escuela católica, no una

actividad ocasional. Eso les ayudará a despertar en la fe y a afianzarse en ella ya que, como afirma Benedicto XVI, el verdadero educador cristiano es un testigo cuyo modelo es Jesucristo, el testigo del Padre que no decía nada de sí mismo, sino que hablaba tal como el Padre le había enseñado. Esta relación con Cristo y con el Padre es para cada uno de nosotros la condición fundamental para ser educadores eficaces en la fe.

La *parroquia* como la visibilización más clara de la Iglesia local y de su presencia en un territorio concreto sigue siendo insustituible como célula evangelizadora de la Iglesia. La formación de los laicos y su participación en una experiencia de fe madura han de ser el punto de partida para la creación de catequistas y agentes de pastoral juvenil en las parroquias. Es importante plantearse, más allá de cuestiones sociológicas y pastorales, el porqué algunas comunidades parroquiales fomentan la presencia de jóvenes en ellas y el porqué otras se reducen a una mera pastoral de conservación. La preocupación por los catequistas y, en particular por aquellos que tienen como misión acompañar a los jóvenes en su itinerario de fe ha de ser pues una exigencia en la vida parroquial.

Diálogo

1. ¿Estás de acuerdo con que la catequesis que se ofrezca a los jóvenes esté centrada en Jesucristo? ¿Crees que se está haciendo?
2. ¿Cómo crees que se puede ayudar a la familia en su tarea evangelizadora de los jóvenes?

Parroquias

3. ¿Crees que nuestra catequesis parroquial propicia un verdadero encuentro del joven con el Señor?

Colegios

4. ¿Se hace presente en el Colegio la figura de Jesucristo en los contenidos educativos, el testimonio cristiano de los profesores, las actividades extraescolares? ¿Se propicia el encuentro con Él?

Asociaciones (movimientos, hermandades, comunidades)

5. ¿Cómo se posibilita la transmisión de la fe entre los jóvenes de vuestra asociación / movimiento / comunidad?

3ª REUNIÓN: LOS JÓVENES EN LA CELEBRACIÓN DE LOS SACRAMENTOS

“Señor, dame de esa agua para que nunca más tenga sed” (Jn 4,15)

Una característica muy destacada del concilio Vaticano II es su preocupación pastoral, el empeño por hacer presente a la Iglesia en el mundo actual –*Gaudium et Spes*–, mediante una visión más amplia de su propio misterio –*Lumen Gentium*–, la recuperación de la palabra de Dios en ella –*Dei Verbum*– y la profunda renovación de su vida litúrgica y sacramental –*Sacrosanctum Concilium*–. No cabe duda que los frutos de la reflexión conciliar en todos estos campos han sido ya abundantísimos. También es cierto, no obstante, que el esfuerzo por adaptar e inculturar la fe de la Iglesia y la celebración de los misterios a la vida actual, no siempre ha cuidado la integridad de dichos misterios sea en su transmisión y explicitación doctrinal, sea en su expresión y celebración litúrgica. La experiencia nos dice que no porque se trivialice el sentido del misterio o se celebre de modo arbitrario se obtienen mayores ni mejores frutos de conversión y evangelización sino más bien al contrario.

Aquellos sacramentos que acompañan la vida cotidiana de los creyentes –*Eucaristía y Reconciliación Penitencial*– exigen la mayor atención por parte de la Iglesia, madre y maestra de la fe de sus hijos y en particular de los jóvenes. Es indudable y muy preocupante la ausencia casi general que se da de jóvenes en la participación de estos sacramentos. Este hecho no solamente reclama nuestra atención por el hecho de que está en juego el futuro de la propia Iglesia, sino por el presente de la salvación de tantos jóvenes bautizados que viven de espaldas a la fe, indiferentes a los medios ordinarios de la salvación. Este vacío es ocupado por otras ofertas religiosas que en este mundo se dan y que, lejos de enriquecer en muchas ocasiones oscurecen y debilitan el crecimiento de los jóvenes en todos los órdenes y su maduración humana y espiritual.

Yendo a lo esencial, en el centro de la vida de la Iglesia ha de estar, sin duda alguna la Eucaristía. Una sólida formación sobre el sacramento eucarístico así como la práctica habitual de la adoración eucarística ante en las parroquias, colegios y comunidades cristianas, son el medio seguro, tal como el Papa ha recomendado, junto a la recuperación del domingo día del Señor como eje central de la vida del creyente, para que la Eucaristía sea cada vez, más, también entre los jóvenes, “*fuentes y cumbre de la de toda la vida cristiana*”⁵. De hecho, es un fenómeno muy llamativo que en las Jornadas Mundiales de la Juventud, más allá de eventos más llamativos o espectaculares, la adoración eucarística es un momento muy destacado por los propios jóvenes y uno de los más fecundos tanto en el arranque de la conversión como también en el descubrimiento de la propia vocación.

En relación con lo anterior, el sacramento de la reconciliación penitencial es el lugar privilegiado para el encuentro personal con el Señor, donde se experimenta su misericordia infinita y se concreta la verdad de la conversión. En un mundo donde cada vez se reconoce menos el error, la limitación y la debilidad, el poder del pecado y las heridas que éste produce son fuente de dolor y tristeza en muchos hombres y mujeres y en particular en muchos jóvenes. Por esta misma razón es importante insistir en la importancia de invitar a participar en el sacramento del perdón, del poder liberador de la gracia y del gozo de la reconciliación y la paz.

El camino bien podría ser, por una parte, el de acercar la celebración del sacramento en su forma a los jóvenes –tal como se hace cada vez más en encuentros, peregrinaciones, vigiliass– sin traicionar con ello nada de lo esencial. Por la otra, es esencial aquí la absoluta fidelidad a la fe recibida de la Iglesia, sabiendo que en definitiva la verdad que hace libres

⁵ LUMEN GENTIUM, n.11.

constituye el mayor servicio a quienes están ya saciados de las propuestas engañosas y complacientes que este mundo les ofrece.

Por otra parte, la etapa de la juventud está ligada en concreto a la participación en varios sacramentos, tanto de la iniciación cristiana –*confirmación*– como en relación con una vocación concreta –*matrimonio y orden sacerdotal*– a partir de la universal vocación bautismal a la santidad. Así, una de las tareas pendientes, sobre todo en la catequesis de la Iglesia es la de presentar la fe y la vida de la Iglesia, no como una tradición o una mera función externa, sino más bien como una verdadera vocación personal e individual que puede y debe comenzar a descubrirse cuando se accede al sacramento de la confirmación y que luego se realiza en el matrimonio o en la vida consagrada –religiosa o sacerdotal–. Dicha propuesta vocacional explícita, sea general, sea específica debería estar presente habitualmente en la catequesis de la Iglesia.

Respecto a la confirmación, es preciso hacer un análisis a fondo de, además del número cada vez más bajo de jóvenes que acceden a él, sobre las razones por las cuales quienes lo reciben en su inmensa mayoría no perseveran en su vida cristiana. Es probable que en demasiadas ocasiones se haya utilizado al sacramento como un mero instrumento para retener a los jóvenes en la comunidad cristiana. No es incierto tampoco que a veces la confirmación ha sido presentada como un logro o una meta, después de la cual nada queda por ofrecer de modo específico a los jóvenes. Sea como fuere, lo cierto es que, siendo un sacramento muy ligado a la vida de los jóvenes exige una reflexión a fondo que posibilite una participación mayor y mejor de los jóvenes ya confirmados en la vida de la Iglesia.

A su vez, el acompañamiento de los que se preparan al matrimonio no se debería limitar a la preparación inmediata al sacramento, sino que debería extenderse a la experiencia del noviazgo. Recientemente se están

iniciando en algunas parroquias propuestas de trabajo con las jóvenes parejas de novios para ayudarles a vivir cristianamente su noviazgo en un ambiente sociocultural que en nada ayuda en esta etapa tan importante y hoy tan minusvalorada de cara a la futura vida matrimonial y familiar.

Respecto a la pastoral vocacional, esto es, el fomento y acompañamiento de las vocaciones a la vida consagrada, no cabe duda que ha de ocupar un lugar central en la pastoral juvenil. Si la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa, por su propio origen sobrenatural, siempre ha supuesto un signo de contradicción, hoy lo es si cabe en mayor medida. En un mundo para el que sólo el placer físico, la riqueza material y la relevancia social son valores centrales casi equivalentes a la felicidad, la vocación consagrada supone un verdadero fenómeno contracultural. Esa mentalidad absolutamente opuesta a lo que el Evangelio propone, junto a otras circunstancias como la crisis de la institución familiar, está detrás del declive del número de vocaciones que se da en las Iglesias de Occidente. No obstante, el Señor sigue llamando y valiéndose de la mediación de algunos que sin merecerlo reciben el don inmenso de la vocación.

Diálogo

Parroquias

1. ¿Participan los jóvenes en la Eucaristía en tu parroquia? ¿Qué crees que se podría hacer para lograr una mayor participación?
2. ¿Participan los jóvenes del sacramento de la Reconciliación en tu parroquia? ¿Qué crees que se podría hacer para facilitar una mayor participación?
3. ¿Cómo se organiza en tu parroquia la preparación para el sacramento del Matrimonio? ¿Qué puntos se podrían mejorar?

4. ¿Que propuesta vocacional presentas a los jóvenes en tu parroquia?
¿Conoces las actividades vocacionales del Seminario?

Colegios

5. ¿Qué vida sacramental se ofrece en el Colegio (Eucaristía, Reconciliación)? ¿Cómo se articula la relación con la Parroquia en torno otros sacramentos como la Confirmación?
6. ¿Qué referencia vocacional se da en el Colegio?

Asociaciones (movimientos, hermandades, comunidades)

7. ¿Cómo es la participación de vuestros jóvenes en la vida sacramental (Eucaristía, Reconciliación)? ¿Están confirmados?
8. ¿Qué referencia vocacional se da en vuestra asociación o comunidad?

4ª REUNIÓN: LOS JÓVENES ANTE LA PROPUESTA MORAL DE LA IGLESIA

“Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,14)

Es indiscutible que uno de los campos donde la dificultad para el reencuentro de los jóvenes y la Iglesia es mayor se halla en la propuesta moral que ésta hace fundada en el mensaje y modo de vida del Evangelio. No se trata de un fenómeno nuevo y de hecho en cada etapa histórica el estilo de vida evangélico que la Iglesia propone y su concreción sea en la moral personal, sea en la moral social, ha supuesto siempre una alternativa a veces radical al pensamiento del mundo. Unas veces la persecución, otras el descrédito, otras la tentativa seductora de combinar valores morales cristianos y mundanos se han sucedido en la historia de la Iglesia. También hoy la propuesta moral de la Iglesia supone, sin duda, lo que podríamos llamar una clara *alternativa contracultural* que obliga en particular a los jóvenes que tratan de vivirla a ser los verdaderos transgresores del pensamiento dominante que trata de ser único o al menos hegemónico.

En el campo de la moral personal, la dificultad viene dada por una mentalidad fuertemente hedonista que ha perdido de vista el valor que la sexualidad tiene como expresión del misterio del ser humano, del amor verdadero y de la transmisión de la vida. Reducida a un objeto de consumo que se elige y se sustituye arbitrariamente, sus consecuencias en la vida personal y social son, por más que se quiera ocultar, lamentables. En una cultura tan erotizada como la actual, donde el plano de lo afectivo, lo sexual y lo genital a veces son confundidos consciente o inconscientemente, es preciso una buena educación y formación.

No faltan grupos especializados en educación psicoafectiva y sexual, como es el caso de la experiencia cada vez más conocida de *Teen Star*. Se trata de una iniciativa interesante por cuanto posibilita mediante un cursillo accesible a cualquier afrontar las dificultades que hoy se presentan a los

jóvenes el llevar a cabo una vida afectiva sana. Es cierto que la propuesta cristiana en este campo se enfrenta a la poderosa maquinaria política y mediática que promueve la ideología de género pero justamente por la gravedad y la extensión del error, se precisa un esfuerzo que busque no tanto el éxito inmediato, sino la formación de un fermento que poco a poco haga preguntarse a la sociedad y, en particular a los jóvenes por quién de verdad respeta su dignidad y atiende a la verdad de las cosas.

El ser humano ha sido creado para amar y ser amado y cualquier circunstancia que ponga en riesgo o tienda a desvirtuar este aspecto esencial del hombre tiende a destruirlo. En el caso de los jóvenes que están descubriendo el misterio del amor humano en todos sus aspectos y expresiones, la trivialización o la reducción a un simple juego sin consecuencias en su vida o en la vida de los otros es fuente de grandes sufrimientos. Más allá de la presión social o del pensamiento políticamente correcto la Iglesia, maestra de la vida, ha de mantener firme su propuesta moral que, lejos de ser irracional o inhumana es la que permite una mejor desarrollo de lo humano en todos los órdenes de su ser.

Juan Pablo II se refería a una cierta colisión que, paradójicamente, se da en nuestro mundo entre una, por él llamada, “cultura de la muerte” y otra que bien podría denominarse “cultura de la vida”. La primera es consecuencia de ideologías totalitarias deshumanizadoras que tienden a entender al hombre más como un medio que como un fin, pero también de una antropología derivada de la mentalidad occidental, consumista y liberal que tiende a situar al hombre bajo el dominio de los ídolos de este mundo – el mercado, el dinero, los medios de comunicación social y sus intereses –.

En cambio, la cultura de la vida propuesta por la comprensión cristiana del hombre, aunque no sólo ella, defiende la absoluta e intocable dignidad de la persona humana creada, tal como la revelación cristiana nos

lo ha dado a conocer, a imagen y semejanza de Dios y destinada a participar plenamente de su gloria. Desde esa convicción nada que tenga que ver con la vida del ser humano puede ni debe ser manipulado, utilizado ni destruido sean cuales sean los bienes que se pretendan para éste mismo ser humano o para otro u otros. Nunca puede obtenerse el presunto bien de un ser humano a costa de ofender, lesionar o sacrificar un derecho inalienable de otro por humilde o desgraciada que sea la situación en que éste último se halle. Es más justamente por ser mayor su precariedad – física, psicológica, social– aún merece un mayor cuidado por parte de la comunidad humana.

El derecho a la vida, desde el mismo momento de la concepción hasta su final natural no puede estar sujeto a ningún principio de conveniencia política, ideológica, social, cultural y mucho menos económica. Los jóvenes, que comienzan a formar criterio en esta etapa de su vida son particularmente sensibles al pensamiento dominante de cada época. Es tarea de la Iglesia recordar todo aquello que a nuestra cultura actual tanto le cuesta descubrir: la vida como un don sagrado del ser humano que es del todo inalienable del que la posee y disfruta y frente a la cual cualquier otro valor de este mundo, por valioso que parezca a los ojos de este mundo, es relativo y ha de estar sometido a ella. Vale más por tanto la vida de un no nacido que el derecho a elegir de su madre, vale más la vida en su tramo final de un enfermo que el bienestar de una familia, vale más cualquier vida humana que otro derecho personal o colectivo

Como cristianos, el criterio en la vida moral no es otro que el de seguir a Cristo que va más de la mera imitación del hombre Jesús. De hecho, el seguimiento de Cristo tiene, como bien deja ver la encíclica *Veritatis Splendor*, una meta mucho más alta. Se trata de asimilarse a Cristo y, de este modo, llegar a la unión con Dios. Llegar a ser bueno

significa llegar a ser semejante a Dios. Los diez mandamientos son una autorrevelación de Dios y, como tales, ayudan a encontrar la vía para ser semejantes a Dios. Por tanto, quien recorre la vía de los mandamientos está en camino hacia Dios, aun cuando todavía no lo haya conocido. Pero el cristiano va a más, tiene una llamada de Cristo al seguimiento, es decir, caminar con Él para llegar al bien por excelencia. En este sentido nos recuerda Juan Pablo II que

El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen superan las fuerzas del hombre. Sólo son posibles como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia⁶.

En definitiva, el seguimiento es la comunión con Cristo, realizable en la vida sacramental. No es un argumento moral, sino un tema "místico", un conjunto de acción divina y de respuesta humana. Es participación del misterio de la cruz de Cristo, para uniéndose al amor más grande, transformar la propia vida, en la vida propia del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24).

Prueba de esa presencia salvífica de la gracia de Cristo pese a las dificultades del mundo presente hallamos en nuestros jóvenes también algunos signos que alientan nuestra esperanza y nos impulsan a ayudarles a sacar de dentro lo mejor de sí mismos. Propio de la edad juvenil es la adhesión generosa a las causas nobles y el inconformismo con todo aquello que es expresión de la injusticia y la malicia humanas. Es cierto que algunas de esas causas que no siempre son tan buenas como aparentan y

⁶ Veritatis splendor, n. 22. Sobre esto es clarificador lo que escribe Ratzinger en relación a la Encíclica *Veritatis splendor: La moral cristiana apela siempre a la común condición humana, a la razón de todos aquellos que buscan la verdad. Pero, a la vez, supera siempre el ámbito de la pura razón desde el momento que considera al ser humano en cuanto orientado al fin nuevo, sobrenatural, de la comunión con Dios en Cristo. Cuando no se toma en consideración este nuevo y amplio contexto, puede surgir fácilmente la acusación de que se está exigiendo aquí una cosa insensata. La respuesta de la encíclica no consiste en trazar el retrato de un superman capaz de observar sin dificultad las exigencias de la moral cristiana, sino en mostrar por qué recibe la ayuda de Dios y puede observarlas, con tal ayuda, quien trata de hacerlo.* J. RATZINGER, *La fe como camino*, Pamplona 1997, p. 64.

que no falta en ocasiones el interés de parte o la manipulación con fines políticos o de otro tipo.

Con todo y, viéndolo en su conjunto el fenómeno, por ejemplo del voluntariado no deja de ofrecer el mejor rostro de nuestra juventud y muestra que, pese a tantas influencias perjudiciales en el fondo de la conciencia pervive el rastro de lo divino, aunque sea de modo inconsciente. Valores como el compañerismo, la generosidad, el deseo de paz, de igualdad a todos los niveles y entre todos los seres humanos, la preocupación por la pobreza o la inmigración presente en tantos jóvenes, muchos de ellos cristianos nos han de impulsar a seguir confiar en ellos como nos enseñó a hacer Juan Pablo II y a contar con ellos en la tarea de la construcción del reino de Cristo en este mundo.

Diálogo

1. ¿Qué se te ocurre que podría hacerse para presentar a los jóvenes de forma atrayente la enseñanza moral de la Iglesia? ¿Conoces la experiencia del llamado *Teen Star*?
2. ¿Qué implicación tienen los jóvenes de tu parroquia (colegio, asociación) en el compromiso social (voluntariado, Cáritas, misiones, enfermos)?

Parroquias

3. ¿Qué formación se ofrece a los jóvenes en las parroquias en el ámbito de la moral sexual?
4. ¿Qué formación se ofrece a los jóvenes en las parroquias en el ámbito de la moral social y de la Doctrina Social de la Iglesia?

Colegios

5. ¿Se imparte una formación moral sobre la vida y la sexualidad en el Colegio fiel a la Iglesia? ¿Se argumenta inteligentemente de modo que sea creíble?
6. ¿Se conoce la Doctrina Social de la Iglesia?

Asociaciones

7. ¿Cuál es la posición de vuestros jóvenes sobre la propuesta moral de la Iglesia?
8. ¿Se da una formación concreta en el campo de la moral sexual y de la vida y en el de la moral social?

“Mis ovejas escuchan mi voz, yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10,27)

La oración, el cuidado de la vida espiritual es un aspecto esencial en el seguimiento del Señor que constituye el corazón de la vida cristiana. Si abundantes son las referencias que aparecen en los cuatro evangelios a la oración que Jesús dirige al Padre, muchísimas son también las ocasiones en las que el Señor invita, enseña y exhorta a sus discípulos a orar y a hacerlo con perseverancia y con verdad: *“Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y ora a tu Padre que está en lo escondido y tu Padre que está en lo escondido te recompensará”* (Mt 6,6).

Así lo entendió la Iglesia primitiva desde los inicios y ya en el libro de los Hechos de los apóstoles la primera acción de la comunidad cristiana que se describe es justamente la oración común *“Todos ellos eran constantes en la oración, con un mismo espíritu”* (Hch 1,14). De hecho, cuando el evangelista san Lucas describe lo más característico de la vida de la Iglesia primitiva, lo que se viene en llamar la vida apostólica dice que ésta consistía en la *enseñanza de los apóstoles* –la transmisión de la fe–, la *comunión* –la vida comunitaria–, la *fracción del pan* – la eucaristía y por extensión toda la vida sacramental– y las *oraciones* (cf. Hch 2,42).

Quizá durante mucho tiempo en la Iglesia se ha entendido que la vida de oración era un medio ligado a la perfección espiritual propia de las almas consagradas. La visión que ofrece el concilio Vaticano II de la vida cristiana como toda ella, en sus diversos estados, animadas una misma vocación a la santidad, ha permitido en gran medida redescubrir en la Iglesia el don de la oración. Todos los bautizados estamos llamados a una misma y única vocación, la única para la que el ser humano fue creado por Dios y la única que, por lo mismo, puede dar plenitud a su existencia. Esa

única vocación es la santidad, esto es la participación de la vida divina, de modo imperfecto y anticipado en este mundo como preparación de la plena comunión y amistad con Dios en el mundo venidero.

La oración personal y la oración comunitaria son un medio privilegiado para, quizás el principal, para alimentar esa amistad con Dios, la comunión con su vida y la participación en su gracia que es lo que constituye la razón de ser del hombre. Por eso no debería faltar en la formación cristiana de nuestros jóvenes la iniciación en la vida de oración, más allá de una instrucción cristiana que a veces puede pecar de demasiado intelectualista o en exceso moralista. Lo recordábamos en las palabras de Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus caritas est* y él mismo lo ha repetido recientemente en su carta escrita con motivo de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud lo fontal y primordial de la propuesta cristiana es la *experiencia de un encuentro personal con Jesucristo capaz de dinamizar y transformar la vida del ser humano*.

Esta experiencia de encuentro personal con Cristo se da de modo primordial en la oración, sea ésta personal o comunitaria, litúrgica o espontánea, vocal o mental, cada una según el papel e importancia que la Iglesia le reconoce. Lo cierto es que la experiencia nos dice que son muchos los jóvenes que han descubierto la fe no sólo ni principalmente por la adquisición de conocimiento de verdades cristianas, ni por la insistencia en el cumplimiento de preceptos cristianos, sino a partir de una experiencia de Dios, de encuentro con Cristo a partir del cual se han enraizado firmemente en Él y desde ahí si han sido capaces de descubrir o de redescubrir las verdades sobre Dios o la forma cristiana de vivir según el modelo de Cristo.

Diálogo

1. ¿Qué crees que podríamos ofrecer a los jóvenes para iniciarlos en la vida de oración?
2. ¿Qué experiencias de oración con jóvenes conoces en la Diócesis?
3. ¿Hay algún encuentro de oración que de modo regular se dé en tu Parroquia (Colegio, asociación o comunidad)? ¿Y alguna experiencia específica para los jóvenes?

CONCLUSIÓN

Ser seguidores de Cristo implica tener un gran sentido de pertenencia eclesial, de una pertenencia que marca la vida. Es esta la idea recogida en la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, donde el Santo Padre hace una llamada a la santidad para poder afrontar el reto de la cultura actual. Para ello reivindica la necesidad de la oración, la escucha de la Palabra y la participación de los sacramentos de la Eucaristía y la Reconciliación. Es decir, que se vivan en plenitud las riquezas espirituales encerradas en el Bautismo. Ser santo no significa otra cosa.

Ciertamente, vivir hasta el fondo la propia vocación cristiana no es fácil, sino que requiere la capacidad de elecciones radicales y, a menudo, el coraje de ir contracorriente y el empeño en una lucha permanente contra la mediocridad que siempre nos acecha. No consiste en ser un superhombre capaz de observar sin dificultad las exigencias de la moral cristiana, sino en mostrar que con la ayuda del Espíritu es posible vivir dichas exigencias. Se trata de hacer ver que merece la pena apostar por esta aventura espiritual que, única en su género, no decepciona. Ser cristiano significa ser portadores en el mundo de una energía divina asombrosa.

Es siempre antiguo y siempre nuevo el que resonaba de mil maneras el mensaje que Juan Pablo II dirigía a los jóvenes en las múltiples ocasiones en las que ambos se encontraron frente a frente y que ahora Benedicto XVI continúa fielmente. Juan Pablo II, al hablar de la nueva evangelización, nos anima a llevarla a cabo hacerlo con métodos nuevos y ardor renovado. No se trata de rebajarles a los jóvenes las exigencias del Evangelio, como tampoco lo hizo Jesús con el joven rico que salió a su encuentro. Sería una falta de respeto y de confianza en los mismos jóvenes. Se trata de transmitirles el tesoro que hemos recibido gratuitamente, que el mundo no conoce pero que sigue salvando al mundo, de contagiarles el

entusiasmo por conocer cada vez más al Señor, el gozo de haber conocido su amor misericordioso y la pasión por llevar su evangelio a todos de modo que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

No sin motivo, durante el Jubileo del apostolado de los laicos del año 2000 el Papa decía: *«Si sois lo que debéis ser, es decir, si vivís el cristianismo sin componendas, podréis incendiar el mundo»*. No necesitamos otra cosa.

